

NACIMIENTO DE LA CIENCIA ECONÓMICA: ANÁLISIS DE LAS TRADUCCIONES ESPAÑOLAS DEL EPÍTOME DE JEAN-BAPTISTE SAY

JOSE CARLOS DE HOYOS
UNIVERSITE LUMIERE LYON 2
LYON/FRANCE
ichoyos@univ-lyon2.fr

ABSTRACT

Basta la nomenclatura de las voces económicas para probar que Say excedió a los demás, dando el primer paso para elevar la economía al grado de ciencia con la formación de su lenguaje técnico, y con la generalización de sus principios encadenados tan estrechamente entre sí¹
(“Advertencia de los traductores” en Say, Juan Bautista, *Epítome de los Principios fundamentales de la economía política*, trad. de Manuel Antonio Rodríguez y Manuel María Gutiérrez, Madrid, Imprenta de Collado, 1816, pp. IV-V)

INTRODUCCIÓN

En los estudios sobre la difusión del pensamiento económico en España, la presencia de Jean-Baptiste Say (1767-1832) como el gran clásico de la economía en la primera mitad del siglo XIX ha sido ampliamente probada por trabajos recientes (Almenar-Lluch 2000, Menudo-O’Kean 2005, López Castellano 2009). Esta preponderancia del economista francés sobre otros economistas de la época, quizás más influyentes a largo plazo, como es el caso de Adam Smith, pero con menor difusión directa en nuestro siglo XIX, ha permitido a los investigadores en historia del pensamiento económico español la denominación general para el período 1807-1837 como “era Say”. La importancia de Say en España se debe, entre otras causas, a la inexistencia de censura para sus obras, a la gran difusión de sus traducciones y a la presencia de sus textos en la formación de los nacientes estudios económicos. Hasta ahora, el interés en el estudio de la obra de Say se ha centrado en la difusión/recepción de sus ideas, dejando como asunto periférico las consecuencias que para la lengua española ha tenido el hecho de que la base de la incipiente ciencia económica española se haya apoyado en la obra francesa de Say. Veremos a lo largo de este trabajo varios aspectos relacionados, por una parte, con su interés por la formalización de una lengua de especialidad, aún no existente en el XIX para la lengua económica, y, por otra, tratamientos concretos en sus traducciones de la voluntad normalizadora de la obra de Say para la lengua española.

JEAN-BAPTISTE SAY (Lyon, 1767 – Paris, 1832): ÉPITOMÉ

De la larga lista de publicaciones de Jean-Baptiste Say, pretendemos ocuparnos aquí de su obra más difundida, el *Traité d’économie politique* (1803-1841)², en concreto de un añadido a la segunda

1 Por comodidad lectora actualizamos las citas según las convenciones ortográficas hoy en día vigentes.

2 El *Traité* se publica en 6 ediciones, por comodidad nos referiremos a ellas con la letra T y el guarismo referente a su edición más la fecha de publicación: T1-1803, T2-1814, T3-1817, T4-1819, T5-1826, T6-1841. Para un análisis detallado de las ediciones de la obra de Say, aconsejamos la consulta de las obras completas coordinadas por A. Tiran (2006). En este trabajo todas las referencias en lengua francesa de la obra de Say proceden de la edición coordinada por el profesor André Tiran.

edición³ (T2-1814), el *Épitomé*, que cosechó un gran éxito entre el público –a juzgar por los comentarios que Say incluye en su remodelación de la cuarta edición - convirtiéndose así en un cristizador activo de las preocupaciones terminológicas del economista francés. El *Épitomé* de los principios fundamentales de la economía política (1816), como es conocido en español gracias a la traducción de la versión de Say del año 1814, es un compendio del vocabulario económico utilizado en el Tratado de economía política compilado por el autor en su versión francesa y que pretende dar cuenta ordenada de la terminología de la ciencia económica, permitiendo al lector apresurado una consulta rápida o incluso, a aquel que lo desee, una consulta pausada siguiendo la guía de lectura que el propio Say proporciona al principio de su opúsculo. En un principio el *Épitomé* se adjuntó al final de la obra francesa, pero en algunas ediciones, como el caso de la española del año 1816, se publicó en libro separado. La ambición de Jean-Baptiste Say en la publicación de su *Traité* le condujo a hacer múltiples modificaciones en el plan inicial y a someter su obra a una constante renovación, no sólo manifiesta en las seis ediciones del *Traité* (siendo incluso la última de 1841 de carácter póstumo), sino también en el intenso proceso de reelaboración de ciertos apartados. Adjuntamos a continuación una tabla⁴ donde se muestra la reelaboración llevada a cabo en el caso del *Épitomé*:

	T1-1803	T2-1814	T3-1817	T4-1819	T5-1826	T6-1841
<i>Épitomé</i>	NO	SI	SI	SI	SI	SI
Número de entradas.	...	73	76	77	83	80
Porcentaje de renovación			34 %	41 %	35 %	

La producción del economista francés se vio difundida rápidamente en el mundo de habla española por la publicación en el primer tercio del siglo XIX de varias traducciones. Como resultado de las últimas investigaciones⁵ realizadas por los actuales editores de las obras completas, resumimos así la presencia de Say en ediciones en lengua española:

1. Se traduce la primera edición (T1-1803) entre 1804-1807 atribuida a José Queypo de Llano, editada en Madrid en tres volúmenes: vol. 1 (1804) y 2 (1805), oficina de Pedro María Caballero; vol. 3, por Gómez Fuentenebro y Compañía (1807). Se reedita en México en 1814 en casa de Don Jose María Benavente en dos volúmenes.
2. En 1816 se publica la traducción de la segunda edición (T2-1814): traducción realizada por Manuel María Gutiérrez y Manuel Antonio Rodríguez, Madrid, Imprenta Collado, en 4 vols. El volumen cuarto contiene el *Épitomé*. En 1817 se realiza una reedición en el mismo editor.
3. Traducción de la cuarta edición (T4-1819) en 1821 por Juan Sánchez Rivera: vol. 1, Imprenta de Fermín Villalpando; vol. 2, Imprenta de Francisco Martínez Dávila. En 1821 se publica esta misma edición en Francia (Burdeos, imprenta Lawalle joven). Se reedita la traducción de Sánchez Rivera en 1836 en París, casa Lecointe, con algunos textos añadidos traducidos por Antonio Sánchez Bustamante.
4. En 1838 se publica la traducción de la quinta edición (T5-1826), a cargo de José Antonio Ponzoa y Cebrián: vols. 1-2 en Madrid por la imprenta de Fuentenebro.

³ En la cuarta edición se menciona el uso que hacen de esta obra los profesores: “Enfin, l’ouvrage servant actuellement de base à l’enseignement de l’économie politique dans tous les pays où cette science est professée, l’auteur a dû s’attacher à éclaircir, à fortifier, à compléter l’exposition des principes qui se trouvent résumés dans son *Épitomé*.” (T1/1, XCVIII).

⁴ Esta tabla está elaborada a partir de las tablas incluidas en la edición de las obras completas de Jean-Baptiste Say coordinada por André Tiran (2006: vol. 1, XVII y XXXII).

⁵ Jean-Pierre Potier (2006): “Les traductions du *Traité d’économie politique* (1804-1857)” en Say, Jean-Baptiste, *Oeuvres complètes*, André Tiran (coord.), t I/1., Economica, Paris, pp. LIII-LXXXI.

Con el estado actual de nuestros conocimientos bibliográficos⁶, podemos afirmar que sólo dos ediciones del *Traité* no circularon en lengua española, la edición póstuma de 1841 y la tercera edición de 1817. El resto de su producción fue seguido con interés en el ámbito hispánico⁷, además de realizarse en una cierta sincronía: entre las ediciones españolas y las francesas encontramos un intervalo mínimo de un año y máximo de doce, teniendo en cuenta que sólo una traducción se publicó con doce años de intervalo (T5-1826 en 1836), mientras que las otras aparecen en períodos de verdadera sincronía (entre un año y tres), lo que se puede considerar como sorprendente para los estándares de difusión del conocimiento internacional de la época. Por ello, no es de extrañar que autores como Lluch-Almenar afirmen que Say es el autor economista con más traducciones en para el período de 1770-1879 (Lluch y Almenar 2000: 154) y, por ende, con mayor difusión. En el caso que nos ocupa, analizaremos la traducción de Say, pero restringiéndonos a su *Épitomé* español en las dos traducciones de las que disponemos y que pueden reflejar, en nuestra opinión, la generación de un estándar lingüístico para la economía en esos primeros años del siglo XIX: el traducido por Manuel Antonio Rodríguez y Manuel María Gutiérrez en 1816, cuya versión francesa es la segunda (1814), y la traducción de Juan Sánchez Rivera de 1821, cuya versión francesa es la cuarta (1819). Ambos documentos permitirán un acercamiento a la acción de los traductores sobre la lengua española para transmitir conceptos nuevos, primeramente expresados en francés y, en algunos casos, con difícil adaptación a la tradición lingüística hispana.

IMPORTANCIA DE SAY PARA LA LENGUA ESPAÑOLA

Antes de concentrarnos en los análisis propiamente lingüísticos de la traducción de Say en español y examinando la bibliografía lingüística para la economía e incluso la bibliografía propia de la historia del pensamiento económico, podemos plantearnos lógicamente la siguiente pregunta: ¿por qué fijarnos en la obra de Jean-Baptiste Say y sus traducciones? ¿No sería, quizás, más adecuado situar el microscopio del lingüista en la obra de Adam Smith y su difusión en español? El escritor de la *Riqueza de las naciones* (1776) es, sin ninguna duda, un economista de mayor reconocimiento según nuestra perspectiva actual, por lo que parece consecuente con esta valoración que la opción metodológica consistente en un análisis pormenorizado de su obra y de la circulación de la misma, fuera operada por lingüistas cuyas preocupaciones se centraban en el examen de la historia de nuestro léxico económico. Así actuó, por ejemplo, Cecilio Garriga Escribano (1996) al analizar la traducción de la *Riqueza de las naciones* de José Alonso Ortiz de 1794. Al mismo tiempo, algunas declaraciones un tanto maximalistas de historiadores de las doctrinas económicas, podrían conducirnos a preferir la vía smithiana. Dentro de ellas, las palabras del profesor Estapé donde se afirmaba que “entre 1750 y 1850 los estudios económicos en España siguen de cerca las evoluciones sucesivas de la ciencia económica universal” (1971: 100), nos inducirían claramente a preferir A. Smith a Jean-Baptiste Say. En cambio, un gran número de investigaciones recientes en el campo de la historia del pensamiento económico prefieren la vía de Say para la difusión de la economía a principios del siglo XIX, afirmando incluso que su presencia se puede considerar como una verdadera “hegemonía” a causa de la amplitud de su influencia doctrinal⁸. Resumiendo los trabajos de los historiadores del pensamiento económico, podemos afirmar que varios aspectos pudieron influir en esta preponderancia del autor francés frente al británico:

⁶ A la espera de los próximos datos procedentes del proyecto europeo (EE-T Economics e-Translations into and from European Languages, An Online Platform, 518297-LLP-2011-IT-ERASMUS-FEXI), podemos considerar lo aquí presentado como un simple borrador que tendrá que ser reexaminado en el momento de la difusión de las bases de datos traductológicas contempladas en EE-T. Puede consultarse la base datos : <http://eet.pixel-online.org/database.php>

⁷ Sin olvidar la inclusión de Hispanoamérica en la referencia semántica de nuestro adjetivo, puesto que nos consta al menos una publicación mexicana.

⁸ Lluch-Almenar (2000) en diferentes momentos de su trabajo tratan con estos términos la influencia del francés: “El éxito editorial de Say es casi asombroso”, Say es un autor “casi insustituible”, “favorable acogida” de sus ideas, “la hegemonía de Say en España”.

- la obra de Jean-Baptiste Say no fue censurada por la Inquisición, como ocurrió con La riqueza de las naciones que desde las primeras adaptaciones (nos referimos a la realizada por Condorcet y posteriormente traducida en español en 1792) se ve acusada de tolerantismo y naturalismo y condenada in totum, razón que llevó la difusión de las teorías smithianas a caminos “indirectos y de prudencia” (Lluch-Almenar 2000: 100)

- según el cálculo de Cabrillo (1978) es el economista con un superior número de traducciones (23), frente a los modestos números de Betham (15), G. Gilangieri (6) o Mill (4); según Lluch-Almenar (2000), 19. En ambos trabajos la cifra de versiones en lengua española es superior a la de otros autores de su época.

- siguiendo los trabajos sobre la lectura en el XIX, y a pesar de ser conscientes de su parcialidad, ya que no tenemos estudios de amplio espectro para este asunto, investigadores como Martínez Martín (1991: 343)⁹ nos informan de una presencia comparativamente superior de textos de Say para el ámbito económico, frente a otros autores que circulaban en esa misma época.

Junto a estas razones enumeradas, también podemos suponer que un aspecto estructural de la obra de Say, como es su fuerte vertiente didáctica, tendría directamente una influencia en su difusión. La mencionada voluntad didáctica sería una marca de identidad propia de los Ideólogos, grupo al que Say pertenecía, y, al mismo tiempo, una estrategia comunicativa del economista francés que presentaba sus trabajos como una simple adaptación y explicación de las teorías de Adam Smith. Por último, sin pretender descubrir nada nuevo, debemos citar la mayor sensibilidad de los españoles de la época por la lengua francesa, debido esencialmente a la educación propia del momento. Lo expuesto justifica que nuestro análisis se centrara en Say y no en A. Smith, y que creamos que la difusión de la ciencia económica de esta época se produce inicialmente a través del filtro francés, con las consecuencias que para la lengua española podemos imaginar.

ANÁLISIS DE LAS TRADUCCIONES

Al centrarnos en el análisis de la traducción española del *Épitomé*, constatamos varios aspectos centrales en nuestra investigación, en primer lugar la impresionante presencia de un razonamiento lingüístico en las opiniones de Say sobre la lengua de la Economía, lo que conduce a dar una coherencia especial a sus aportaciones terminológicas, y, al mismo tiempo, la percepción cruzada que hacen los traductores de esta sensibilidad por la lengua del economista francés. Este aspecto será tratado en el primer punto de nuestro análisis. En segundo lugar, procederemos a análisis pormenorizados de varios fenómenos lingüísticos que nos han sorprendido en el cotejo de las dos traducciones del *Épitomé* con el original. Varios de estos análisis tienen que ver con la creación de nuevas palabras para la ciencia económica o con las dificultades encontradas por los traductores para verter ciertos matices del original francés.

1) Preocupaciones lingüísticas de Jean-Baptiste Say

Ya hemos mencionado, en otro apartado de este trabajo, que Jean-Baptiste Say forma parte del grupo de los Ideólogos, esta asignación no tiene nada de arbitrario y se ve reflejada en su percepción de la labor que lleva a cabo con la difusión de la nueva ciencia económica. De la misma forma que otro miembro de este grupo, Condillac, Jean-Baptiste Say tendrá como objetivo la creación de una lengua coherente para su campo de estudio, de tal forma que casi podemos considerar las palabras múltiples veces citadas de Condillac como una consigna de trabajo para Say:

“Chaque science demande une langue particulière, parce que chaque science a des idées qui lui sont propres. Il semble que l’on devrait commencer par faire cette langue; mais on commence par parler et par écrire et la langue reste à faire. Voilà où en est la science économique [...] C’est, entre autres choses, à quoi on se propose de suppléer” (Condillac, *Le commerce et le gouvernement* considérés relativement l’un à l’autre, 1776; dans Daire et Molinari, *Collection des principaux économistes*, T. XIV, Osnabrück, Otto Zeller, 1966, p. 247: citado por Gusdorf 1978: 528)

⁹ Martínez Martín (1991: 343): “quien tenía un tratado de Economía política era de Say, en la mayor parte de los casos, de Adam Smith en menor medida, y ocasionalmente Ricardo, Malthus, Destutt o J. S. Mill.”

En la obra de Say, las palabras de Condillac se ven actualizadas en los siguientes términos en la introducción realizada al *Épitomé*: “si toute science se réduit à une langue bien faite, quiconque possède la langue, possède la science.” (vol. 1/2: 1076), pero no sólo su visión se reduce a la perfección intelectual que una empresa como la suya debe asumir, sino que de la propia dificultad de establecer una lengua exacta se pueden derivar consecuencias históricas inimaginables, como las guerras:

T/2, 1077: “Pascal, Locke, Condillac, Tracy, Larmiguière [este último añadido en T4], ont prouvé que c’est faute d’attacher la même idée aux mêmes mots que les hommes ne s’entendent pas, se disputent, s’égorgent¹”. Note 1: “Presque toutes les guerres livrées depuis cent ans, dans les quatre parties du monde, l’ont été pour une balance du commerce qui n’existe pas. Et d’où vient l’importance attribuée à cette prétendue balance du commerce ? De l’application exclusive qu’on a faite à tort du mot capital à des matières d’or et d’argent.” (T2-6).

Con el objetivo de suplir una semántica aproximada de la ciencia económica y con la intención de contribuir en el concierto de las naciones a una clarificación de los intercambios económicos, Jean-Baptiste Say realizará el esfuerzo de formalizar su campo de investigación gracias no sólo a la publicación de un apéndice, el *Épitomé*, a su *Traité*, sino con la remodelación consecuente a las decisiones tomadas en su vocabulario y su extensión a la obra completa. Este aspecto de coherencia formal, será rápidamente percibido por sus traductores españoles de la segunda edición (1816), Manuel María Gutiérrez y Manuel Antonio Rodríguez, que en las advertencias a su traducción del *Épitomé* nos señalan:

“Basta la nomenclatura de las voces económicas para probar que Say excedió á los demas, dando el primer paso para elevar la economía al grado de ciencia con la formacion de su language técnico, y con la generalizacion de sus principios encadenados tan estrechamente entre sí” (IV-V)

Dos aspectos retienen la atención de los traductores, por una parte, la creación de un lenguaje técnico y, por otra, la interrelación nocional que establece a través de su nomenclatura, siendo así un organizador de la ciencia económica más hábil que otros escritores anteriores como Adam Smith o James Stuart:

“Asique nos atrevemos a decir que Say escribió verdaderamente la ciencia de la economía, y no simplemente máximas y doctrinas incoherentes con que otros llenaron gruesos volúmenes; pues aunque Stewart [sic] y Smith le precedieron en la carrera, con todo eso sus errores, inconexiones y contradicciones, y la falta de método y de language científico hacen que en sus apreciables tratados no se vea todavía más que el embrion o cúmulo de elementos informes de ciencia, y no ella misma.” Este es uno de los elementos, como hemos señalado en el apartado anterior, que contribuyeron a la mayor difusión de Say en lengua española frente a otros autores de la época, ya que no sólo los traductores debieron apreciar el prurito didáctico de Say, sino también toda una serie de divulgadores de la nueva ciencia económica como serían los profesores de las recién creadas cátedras de economía, escritores en publicaciones periódicas, políticos o polemistas en los debates de la época, donde los aspectos económicos empezaban a entrar en el debate político. Junto a lo comentado, pero en conexión con esta preocupación por el lenguaje, el autor del *Traité* se desmarca de otros economistas de la época por una crítica visión del lenguaje usado para la materia comercial. En su opinión, la lengua empleada es un instrumento de engaño al oscurecer nocionalmente el significado de los términos con referencia económica. Así son constantes sus críticas a las semánticas aproximativas con que se utilizan ciertos términos, como interés, capital, balanza comercial o dinero abundante, veamos al menos un par muestras:

“Casi todas las guerras suscitadas de cien años aca en las cuatro partes del mundo no han tenido otra causa que una balanza de comercio que no existe. ¿Pues de dónde es que se ha dado tanta importancia á esta balanza quimérica? Proviene de la aplicación exclusiva que se ha hecho, sin ninguna razon, de la palabra capital a materias de oro y plata.” (Trad1816, IX)

“Esto demuestra cuán viciosa es la expresión interés del dinero. Es tan poco exacto decir en general que se presta el dinero, que unos mismos escudos se pueden prestar sucesivamente a diez personas distintas, continuando todas ellas en servirse del capital tomado a préstamo, mientras que los escudos están ya tal vez empleados en otro uso, y tal vez enviados al extranjero.” (Trad1821: 350/pdf360, entrada CAPITAL).

En Say encontramos esa preocupación puramente lingüística, que utilizando la percepción propia del hablante, pretende distinguir entre lo propio y lo impropio en una lengua, o, hablando en términos más populares, lo correcto y lo incorrecto. No sólo se atreve con la lengua de la economía, sino que a partir de su comprensión de las regularidades del francés estándar, las analogías en su propio vocabulario, propone la adecuada formación de neologismos,

“Quelques auteurs disent les industriels. Ce mot semble être moins dans l’analogie de la langue. On ne dit pas les superficiels, pour les hommes superficiels; les sensuels, pour les hommes sensuels: au lieu qu’on dit les ambitieux, pour les hommes ambitieux, les séditieux, les religieux, etc.” (1122)

La sensibilidad lingüística de Jean-Baptiste Say, ya sea de cultivo propio, ya sea la consecuencia de la influencia de los ideólogos, proporcionará a su obra la amplitud necesaria para formar un edificio de coherencia terminológica altamente apreciable en una ciencia en plena gestación. Este motivo, entre otros, favorecerá la difusión del francés frente a otros autores de su época.

2) Entreprise/entrepreneur – empresa/empresario¹⁰

Como ejemplo del interés de un análisis lingüístico de las traducciones de Say, podemos señalar el caso de las palabras clave en la teoría del economista entreprise/entrepreneur. Para el español de principios del XIX, la traducción hoy evidente por la existencia de equivalentes asentados (entreprise=empresa; entrepreneur=empresario), no existía, ya que los traductores recurren a palabras con diferentes capacidades semánticas de ajuste a las nociones de Say. Para entrepreneur, el español de la época nos propone: maestro, oficial, director, fabricante, industrial, hombre de negocios... Para entreprise, industria, comercio, negocio... Esta situación que podría parecerse únicamente atribuible a la traducción de Say en español, fue ya señalada para el caso de las traducciones españolas de la obra de A. Smith por Cecilio Garriga Escribano en 1996:

“No existe un término fijado para referirse al empresario, [...] Este término es desconocido para Ortiz, que utiliza empresista, empleante, proyectista y manufactor. Otras variantes son manufactista, empleada por Ward, que alterna con la de fabricante, que ya utilizaba Ulloa, y reprehendedores de manufacturas, presente en la traducción de Belgrano.” (Garriga 1996: 1286-1287)

Esta ausencia de equivalente para una palabra, o una serie semántica, ha sido conceptualizado por Menudo-O’Kean (2005) como la presencia en la lengua española de un obstáculo lingüístico o etimológico que impediría, al menos en la sincronía de las primeras traducciones de Say, el acierto en el término equivalente (empresario). Vemos, si recorremos los diccionarios de la época que hasta entrado el siglo XIX, no se estabilizarán las traducciones:

En Sobrino 1705 (Diccionario nuevo de las lenguas española y francesa, Bruselas, Francisco Foppens, 1705) no aparece empresario, la traducción para entrepreneur será emprendedor. En Gattel, ed. 1798, el equivalente de entrepreneur será emprendedor. Gattel 1803: entrepreneur ‘emprendedor; destajero; el que toma alguna obra a destajo’, entreprise: ‘Empresa; la acción y determinación de emprender algún negocio arduo’.

A partir del Nuevo diccionario francés-español de Antonio de Capmany (1805, reedición 1817) se inicia el establecimiento de un equivalente moderno: al traducir entrepreneur como «empresario, asentista: el que emprende una obra por un tanto, ó por cierto precio», Núñez Taboada (1812) también lo incluye con la misma definición, probablemente tomada de la primera edición de Capmany (1805). El obstáculo lingüístico, al que se refieren Menudo-O’Kean (2005), no se encuentra en las traducciones del Epítome. Al contrario de las dudas ante la traducción de empresario que se constatan en la primera traducción española del Traité, el Epítome español de 1816 adopta

¹⁰ El análisis de esta problemática tiene su origen en la lectura de la tesis doctoral de Menudo (2002):

La tradición francesa de la teoría económica del empresario y su influencia en los autores españoles decimonónicos, y del artículo Menudo-O’Kean (2005), ambos me proporcionaron las primeras orientaciones para mi investigación. A través de esta nota quería agradecer su contribución al estudio del obstáculo lingüístico/obstáculo etimológico del asentamiento de empresario en nuestra lengua.

rápidamente empresario en vez de otras opciones como maestro u oficial. Sin estar forzosamente en sincronía con la introducción de empresario en el DRAE (fenómeno que ocurre a partir de 1837), ya vemos un primer “asentamiento” terminológico en algunos diccionarios bilingües de la época, como el de Capmany (1805) o el de Núñez Taboada (1812), que superan las reticencias de los anteriores, los de Sobrino (1705) o Gattel (al menos para la edición consultada por nosotros, 1798), abriendo, así, la puerta a una estabilización lingüística de la palabra clave de la doctrina de Say. Podemos aportar el tratamiento de la entrada Industrie del Épitomé en sus versiones españolas, donde entrepreneur es traducido por empresario como se muestra en el ejemplo:

Industrie	T2: Trad1816/pdf72	T4: Trad1821/pdf379
“c’est l’industrie de l’entrepreneur”	“es la industria del <i>empresario</i> ”	“es la industria del <i>empresario</i> ”

A pesar de las dudas iniciales para la traducción de entrepreneur y entreprise, tanto en las versiones de la obra de Adam Smith, a través de adaptaciones francesas o no, como en la primera edición del Traité, observamos que llegada la segunda década del siglo XIX y principalmente a través de la reflexión terminológica propia del Épitomé, los traductores del economista francés consolidan los equivalentes empresa y empresario. La consolidación se realizará en términos lingüísticos como verdaderos hiperónimos del campo notional correspondiente, dejando a un lado opciones como director, maestro de industria u otras más originales como las citadas por Garriga Escribano que, en el mejor de los casos, podrían considerarse como posibles hipónimos de la actividad empresarial o del elemento humano empresario.

3) Adjetivo para una actividad: comercial o mercantil

Actualmente el uso de comercial y mercantil, a pesar de tener referencias conceptuales próximas (de forma general ‘relativo al comercio’), provocan en el locutor connotaciones diferentes. Por una parte, comercial puede considerarse como la referencia estándar al proceso de intercambio de bienes, creando en la mente del locutor una imagen bastante neutra de este tipo de actividad. Por otra parte, mercantil se percibe, aunque sólo sea de forma intuitiva, como un uso algo más restringido, en parte por su relación morfológica con formas como mercar, mercancía, mercadería o mercader, una serie morfológica que sino en desuso, al menos algo envejecida, y en parte por su integración en formas pluriverbales como derecho mercantil o registro mercantil limitadas a usos diastráticos concretos. La situación de la oposición comercial-mercantil a principios del siglo XXI no es una constante en la lengua española, sino más bien, todo lo contrario, ya que es el fruto de una inversión de tendencia que podemos observar en el español decimonónico. En nuestras traducciones del Épitomé ambos términos son empleados con distinta distribución en cada una de las versiones del opúsculo de Say. En la traducción de Manuel Antonio Rodríguez y Manuel María Gutiérrez de 1816 la preferencia es por el adjetivo mercantil, mientras que en la de Juan Sánchez Rivera de 1821 comercial se erige como la forma prioritaria. Veamos, como muestra, un ejemplo de homogeneización de equivalentes de traducción en torno al término industrie commerciale: en 1816 se prefiere industria mercantil, frente a industria comercial en 1821. La preferencia del segundo traductor parece ir en el sentido de la historia de nuestra lengua, avanzando resultados que serán estables más tarde. En cambio, el primer traductor utiliza la tradición hispana más clásica, pareciendo tener en su mente la apreciación de Terreros (1767) en cuanto a la palabra comercial: “adj. de poco uso, lo que toca a comercio”. Parece claro al menos que estamos en el momento en el que ambas palabras empiezan a entrar en conflicto tras haber pasado por un momento de fuerte exclusividad de la denominación mercantil.

Así, si consultamos el CORDE¹¹, veremos cómo comercial es un adjetivo residual en el período 1200-1850, al no obtener más que 75 ocurrencias. Del análisis de las mismas, descubrimos una primera utilización en 1619 por Luis Cabrera de Córdoba en su Historia de Felipe II, que lo emplea en varias

¹¹ Búsqueda realizada el 31/10/2012: *comercial*, filtro cronológico 1200-1850.

ocasiones en su obra. Tras esta primera cita, no encontramos ninguna otra aparición hasta 1801 en la obra de Francisco Pons Cultivo y comercio de las provincias de Caracas. Serán las dos únicas referencias del CORDE antes de la generalización en los años 1820-1850 donde aumentan los autores y las obras en las que tal término es empleado. Los traductores, viendo el contexto lingüístico dibujado por el CORDE, tuvieron en el primer caso la voluntad de presentar una traducción en conexión con la tradición hispánica al escoger mercantil, mientras que el segundo traductor, Juan Sánchez Rivera, por la presión del francés, a lo que deberíamos añadir la idea de un envejecimiento en este momento de la serie mercar-mercado-mercancía-mercantil, optó por la opción más arriesgada comercial. La historia de la lengua le ha dado la razón a este último.

4) Forzando la lengua: préstamo y empréstito

Los alumnos hispanohablantes de francés deben acostumbrarse a diferenciar series lingüísticas como *démenager* vs. *emmenager*, *amener* vs. *emmener*, *porter* vs. *apporter*... para las que el español tiene una forma común. En unos casos la variable de distinción será la orientación espacial de la acción (*démenager/emmenager*), en otros el par activo/pasivo u otros parámetros lingüísticos. Para el caso de nuestras traducciones observamos que las formas origales *emprunt* et *prêt*, y todas sus series morfológicas asociadas, supusieron una dificultad lingüística para los traductores del *Épitomé*, hasta el punto de forzar la lengua española a decir algo que no pertenecía ni a nuestra tradición ni tuvo ningún éxito posterior. Si recurrimos a la documentación lingüística a nuestro alcance, podemos afirmar que tanto préstamo como empréstito se utilizan en español como variaciones sinonímicas de una misma actividad general de 'entrega-devolución de un bien'. Quizás, siguiendo a Covarrubias (1611), empréstito pudiera tener una especialización al referirse a un medio de financiación de los estudios universitarios, pero con poca consolidación puesto que tanto el Diccionario de Autoridades (1726-1739) como Terreros (1767) nos incitan a pensar en un valor sinonímico. En cambio, a pesar de las opiniones de base lexicográfica, nuestros traductores se verán en la dificultad de verter al español *emprunt* y *prêt*, sometiendo sus soluciones a una oscilación y a un juego de términos evidente. En el *Épitomé*, ediciones dos a seis (1814-1841), encontramos en la definición de *Emprunt* el siguiente texto: "l'acte par lequel le prêteur cède à l'emprunteur l'usage d'une valeur. L'emprunt suppose la restitution [T4: ultérieure] de la valeur empruntée [...] emprunt viager." En sus versiones españolas, tanto la de 1816 como la de 1821, podemos detectar las siguientes cadenas de equivalentes: *prêteur* – prestamista; *emprunteur* – toma a préstamo; *emprunt* – empréstito. Más adelante, en la definición de *prêt* del original francés, se adopta en las dos versiones españolas el término préstamo como equivalente. Así actuarían nuestros traductores para ordenar el campo semántico 'préstamo' en español:

prêt	T2: Trad1816/pdf85	T4: Trad1821/pdf387
<p>"Acte par lequel on cède la jouissance temporaire d'une chose qu'on possède." T-4: "la valeur prêtée, ne reste pas dans les mains de l'emprunteur"</p>	<p>Préstamo "acto por el cual se cede el usufructo temporal de una cosa propia."</p>	<p>Préstamo "acto por el cual se cede el goce temporal de una cosa que se posee." "La <i>mercancía</i>, la <i>moneda</i> que sirvió para transmitir el valor prestado muda de forma, pasa de una mano á otra, etc.; mientras que el <i>valor</i> permanece prestado."</p>

En el añadido a la versión 4 del *Épitomé* se menciona al *emprunteur* y cuando leemos la traducción de 1821 este agente queda fundido en una paráfrasis que retoma el valor semántico pero sin recurrir a la habitual forma "toma a prestado". En vez de ello aparece una forma participial: valor prestado. Estas oscilaciones, razonables en ocasiones y justificadas por razones estilísticas, al estar generalizadas en el *Épitomé* nos conducen a suponer que la terminología en este campo no está del

todo asentada y que, de alguna forma, entra en conflicto con la tradición hispana. En esta ocasión, creemos que los traductores, a pesar de sus intentos de homogeneización en el sentido prêt-préstamo y emprunt-empréstito, fuerzan innecesariamente la lengua española para adaptarla a una morfología con similitudes francesas. El traductor de 1816 alterna sin mucha convicción entre los supuestos valores sinonímicos de ambos términos, intentando aproximarse al original francés, mientras que la versión de 1821 sistematiza los equivalentes respetando la cercanía a la morfología de la lengua de partida. Ambos textos muestran las dificultades de introducir en una lengua distinciones inexistentes en su tradición. Ahora no podemos concluir, como en el caso de empresario/empresa o en la pugna mercantil/comercial, que los traductores de Say nos muestran el camino de la nueva lengua de la economía, sino simplemente afirmar que el debate terminológico también se alimentó con decisiones luego deshechadas como podemos comprobar en el intento de atribuir una carga semántica al par empréstito y prêtamo con escasa justificación lingüística.

CONCLUSIÓN

No sabemos si cuestiones de orden teórico como el escaso arraigo de la tradición empirista en España (Schwartz 1968: 11) o la preferencia hispana por propuestas que tuvieran en cuenta una cierta idea de armonía social en sus modelos económicos (Lluch-Almenar 2000: 150), provocaron que Say y sus seguidores tuvieran mayor éxito. O si simplemente cuestiones materiales como la poca difusión editorial de los libros británicos, la casi ausencia de traducciones sincrónicas de sus economistas o la impericia y falta de tradición española en el aprendizaje del inglés, propulsaron la balanza orientándola hacia el lado francés y el de su influencia. En el caso que nos ocupa, la difusión de la terminología económica en el primer tercio del siglo XIX, parece evidente que fue la lengua francesa a través de los escritos en lengua original de Jean-Baptiste Say, o de sus traducciones, los que determinaron el asentamiento de una lengua de especialidad para la incipiente ciencia económica. Casos concretos como los analizados en este artículo (en torno a palabras claves como economía/empresario y sus derivados) así nos lo indican.

REFERENCES

- [1] Say, Jean-Baptiste, *Oeuvres complètes*, André Tiran (coord.), 10 vols., Economica, Paris, 2006.
- [2] Say, Juan Bautista, *Epítome de los Principios fundamentales de la economía política*, trad. de Manuel Antonio Rodríguez y Manuel María Gutiérrez, Madrid, Imprenta de Collado, 1816. [CÓMODO ACCESO GRACIAS A GOOGLE BOOKS, ÚLTIMA CONSULTA 14/12/2012]
- [3] Say, Juan Bautista, *Tratado de economía política*, 2 vols (vol. 2: *Epítome*, pp. 329-396), trad. de Juan Sánchez Rivera Madrid, Imprenta de Don Francisco Martínez Dávila, 1821. [CÓMODO ACCESO GRACIAS A GOOGLE BOOKS, ÚLTIMA CONSULTA 14/12/2012]
- [4] Smith, Adam, *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, trad. de Ortiz, J. A., 3 vols., Valladolid, Vda. e hijos de Santander, 1794. [CÓMODO ACCESO GRACIAS A GOOGLE BOOKS, ÚLTIMA CONSULTA 14/12/2012, EXCEPTO PARA EL VOL. 1] Llombart, V. (2005). Sobre los procesos de circulación de las ideas económicas y sus implicaciones, IV Encontro Ibérico de História do Pensamento Económico (pp. 42). Lisboa, 8-10 December 2005.
- [5] Capmany, Antonio de (1805): *Nuevo diccionario francés-español*, Madrid, Sancha. Reedición 1817.
- [6] Covarrubias, Sebastián de (1611): *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. de Ignacio Arellano y Rafael Zafra, 2006, DVD-ROM, Studiolum // Madrid-Pamplona, Iberoamericana-Vervuert y Universidad de Navarra, Biblioteca Áurea Hispánica, 21

- [7] Gattel, Claude-Marie (1798): Nuevo diccionario portátil Español y Francés, París, Bossange, Masson, Besson.
- [8] Núñez de Taboada, Melchor Manuel (1812): Diccionario español-francés y francés-español, más correcto y completo que todos los que se han publicado hasta ahora, sin exceptuar el de Capmany, París, Brunot-Labbé, Rey et Gravier, Teófilo Barrois.
- [9] RAE: todas las ediciones desde el Diccionario de Autoridades (1726-1736) hasta la última edición del DRAE (NTLLE).
- [10] Sobrino, Franciso (1705): Diccionario nuevo de las lenguas española y francesa, Bruselas, Francisco Foppens.
- [11] Terreros y Pando, Esteban de (1767): Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana, Viudad de Ibarra, Madrid, 3 vols. (I, 1786; II, 1787; III, 1788).
- [12] Cabrillo, F. (1978): "Traducciones al español de libros de economía política (1800-1880)", Moneda y Crédito, 147, pp. 187-191.
- [13] Garriga Escribano, Cecilio (1996): "Notas al léxico económico del siglo XVIII", en A. Alonso et alii (eds.), Actas del III Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española, Salamanca, 22-27 de noviembre de 1993, Arco/Libros, Madrid, pp. 1279-1288.
- [14] Estapé Rodríguez, Fabián (1971): Ensayos sobre historia del pensamiento económico, Ariel, Barcelona.
- [15] Gómez de Enterría, Josefa (1990): El tratamiento de los préstamos técnicos en español: el vocabulario de la economía, tesis doctoral dirigida por Doris Ruis Otón y leída en 1990, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1992.
- [16] Gómez de Enterría, Josefa (1996): Voces de la economía y el comercio en el español del siglo XVIII, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1996.
- [17] Gusdorf, Georges (1978): La conscience révolutionnaire. Les idéologues, Ed. Payot, Paris, t. VII Les sciences humaines et la pensée occidentale.
- [18] Hoyos, José Carlos de (2007): « Paseo lexicográfico por la Economía del diccionario académico », Pandora 7, 2007, pp. 249-265.
- [19] López Castellano, Fernando (2009): "La réception de Say et son influence sur l'institutionnalisation de l'enseignement de l'Économie en Espagne (1807-1856)", Revue d'Histoire des Sciences Humaines, n° 21, 127-150.
- [20] Lluch, Ernest y Salvador Almenar (2000): «Difusión e influencia de los economistas clásicos en España», en E. Fuentes Quintana (dir.), Economía y Economistas españoles. La economía clásica. Madrid: Galaxia Gutenberg, vol. 4, pp. 93-170.
- [21] Martínez Martín, J. (1991): Lectura y lectores en el Madrid del s. XIX, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas.
- [22] Menudo, José Manuel y José María O'Kean (2005): "La recepción de la obra de Jean-Baptiste Say en España: la teoría económica del empresario", Revista de Historia Económica – Journal of Iberian and Latin American Economic History, n° 23/1, 117-142.
- [23] Palyi (1928), "The Introduction of Adam Smith on the Continent" en Clark, J. M. ed., Adam Smith, 1776-1826, Nueva York, pp.
- [24] Potier, Jean-Pierre (2006): "Les traductions du Traité d'économie politique (1804-1857)" en Say, Jean-Baptiste, Oeuvres complètes, André Tiran (coord.), t I/1., Economica, Paris, pp.LIII-LXXXI.
- [25] Schwartz, Pedro (1968): La "nueva economía política" de John Stuart Mill, Madrid, Tecnos.